

Archivos Abiertos es una nueva sección, de periodicidad mensual, que ofrece Proceso a sus lectores a partir de este número. En colaboración con National Security Archive (NSA), organización no gubernamental estadounidense que promueve el acceso a archivos gubernamentales a nivel mundial, y con textos de la experimentada analista Kate Doyle —responsable del Proyecto México, de NSA—, *Archivos Abiertos* presenta reportajes elaborados a partir de documentos oficiales desclasificados, obtenidos en México y Estados Unidos. Los documentos en que se basa la sección pueden ser consultados por los lectores en Internet en la dirección: www.nsarchive.org/mexico. Aunque el propósito de la sección es presentar materiales con valor histórico independiente de la coyuntura noticiosa, esta primera entrega muestra que cuando el gobierno mexicano ha dicho *no* a Washington en foros internacionales —como ha sucedido, hasta ahora, en relación con el conflicto de Irak—, esto no significa necesariamente que fuera de los reflectores se le haya negado el apoyo al vecino del norte. Diferencias públicas, acuerdos privados. Así sucedió en momentos candentes de la relación entre Estados Unidos y la Cuba de Fidel Castro, como se muestra a continuación.

Kate Doyle

Las históricas relaciones entre México y la Cuba de Fidel Castro son, en buena medida, una leyenda que ambas naciones han promovido incansablemente desde 1959.

En los años que siguieron al triunfo de la revolución

cubana, a pesar de la intensa presión de Washington, México probó ser un inquebrantable aliado de Cuba. En 1960, el presidente Adolfo López Mateos demostró su apoyo al nuevo gobierno de la isla al invitar a México, para una visita de Estado, al presidente cubano Osvaldo Dorticós. En 1961, el gobierno mexicano encabezó las

protestas en Naciones Unidas contra la invasión de Bahía de Cochinos.

México se opuso repetidamente a que la Organización de Estados Americanos (OEA) impusiera sanciones económicas a Cuba; y, en 1964, se convirtió en el único miembro de la OEA que rechazó la iniciativa, encabezada por Estados Unidos, de rom-



Dean Rusk. Recomendación

per relaciones diplomáticas con La Habana. Durante las décadas que siguieron, Cuba supo que podía contar con el apoyo de los amigos mexicanos en el hostil hemisferio. Después de todo, la afinidad de México con La Habana estaba directamente conectada con su propia herencia revolucionaria.

Al menos ésa es la leyenda.

Pero unos archivos recién desclasificados por Estados Unidos, que se encuentran en el Archivo Nacional en Washington y en la biblioteca Lyndon B. Johnson, en Austin, Texas, nos cuentan que la historia real sobre las relaciones mexicano-cubanas es más compleja de lo que la versión oficial nos ha hecho creer.

Cierto, esta alianza histórica ya fue desafiada por el dramático deterioro de las relaciones mexicano-cubanas bajo el gobierno del presidente Vicente Fox. Primero, fue el torpe intento de Fox, en abril de 2002, de orquestar la salida de Castro de la Cumbre Económica de Monterrey antes de que llegara el presidente Bush; luego, México se unió a la mayoría en Naciones Unidas al censurar a Cuba por su espantoso historial en materia de derechos humanos.

Estas acciones produjeron muy pronto reclamaciones en el sentido de que Fox estaba destruyendo la orgullosa tradición de amistad con Cuba, fundada en el desafío a la presión estadounidense durante el período más candente de la Guerra Fría.

Los rasurados archivos mexicanos

Kate Doyle

¿Qué diría el embajador Fernando Pámanes Escobedo a sus superiores de la Secretaría de Relaciones Exteriores mientras filtraba información de inteligencia a un funcionario de la embajada estadounidense en 1967?

Para averiguarlo, la reportera fue al Acervo Histórico Diplomático, de la Cancillería, para buscar los archivos de la embajada mexicana en La Habana correspondientes al período que cubrió ahí Pámanes Escobedo (enero-septiembre de 1967).

Los archivos, situados en diferentes recintos dentro del complejo de Relaciones Exteriores en Tlatelolco, son un rico tesoro (aunque incompleto) de material histórico que documenta 150 años de la política internacional de México.

Por reglamento, los documentos de la Secretaría de Relaciones Exteriores pasan al Archivo de Concentraciones, donde se ponen a disposición de los investigadores 25

años después de su creación (sin embargo, ese período será cambiado a 12 años, en junio próximo, cuando se haga efectiva la nueva ley federal de transparencia y acceso a la información).

Aurora Contreras, la enterada y bien dispuesta subdirectora del Archivo de Concentraciones, ayuda a los investigadores en la localización del material.

Como se hizo con los embajadores que lo antecedieron, a Pámanes se le pidió que mandara a la Secretaría de Relaciones Exteriores al menos un informe confidencial cada mes sobre la situación política en Cuba, al que se daba el nombre de informe político.

Los informes políticos de 1967, sobre Cuba, están abiertos a los investigadores (al menos aquellos que han sido preservados para la posteridad). El folder contiene lo que parece ser un conjunto de informes de Pámanes, desde el 1 —enviado el 26 de enero— hasta el 4 de julio, poco antes de

que dejara La Habana para darle paso al nuevo embajador, Miguel Covián Pérez.

Hasta ahí llegan los informes de 1967. Es imposible saber si fue porque los restantes fueron destruidos por la Secretaría de Relaciones Exteriores, o porque nunca pasaron al archivo, o porque nunca fueron escritos debido al cambio de embajadores.

Los documentos, con frecuencia acompañados por recortes de periódicos, ofrecen las observaciones del embajador y su análisis acerca de lo que pasaba en Cuba. En 1967, Pámanes informó sobre un amplio abanico de asuntos —algunos de los cuales están reflejados en su conversación del 2 de junio con el funcionario estadounidense Francis Sherry— que incluían la crisis económica, las campañas gubernamentales para incrementar la producción de azúcar, los problemas con el equipamiento industrial y las tensas relaciones con la Unión Soviética.

Pámanes no dudó en criticar al gobier-

Durante la Guerra Fría, la política exterior mexicana pareció tomar un camino independiente, particularmente en América Latina.

A pesar del evidente desagrado de las autoridades mexicanas por el comunismo y la poca tolerancia con su disidencia interna, México se negó a seguir la línea ideológica de Estados Unidos para el hemisferio. México no sólo preservó sus relaciones diplomáticas con la Cuba de Castro, sino que se ofreció como un refugio seguro para los exiliados políticos de toda la región y encabezó el Grupo Contadora que intentaba reducir la intervención estadounidense en Centroamérica en la década de los ochenta frente a la abrumadora y pública desaprobación de Estados Unidos.

En el caso de Cuba, los documentos desclasificados ofrecen nuevas evidencias de que la tolerancia de Estados Unidos hacia la intransigencia de México estuvo basada en un pacto secreto que hicieron los jefes de Estado mexicanos con sus contrapartes de Washington.

La falacia mexicana

Los documentos ilustran las formas en que México ejecutó una peligrosa danza diplomática: Mantener una postura pública de apoyo al régimen de Castro mientras, secretamente, concedía mucho más a la pre-

sión de Estados Unidos de lo que han creído los analistas.

La Revolución Cubana —y la virulenta reacción de Washington hacia ésta— constituyó un reto directo para la doctrina Estrada de México. El gobierno de López Mateos no dudó en unirse al resto de América Latina al censurar el papel de Cuba en la crisis de los misiles de 1962. Pero enfrentó un dilema diplomático más complicado en 1964, cuando la presión de Estados Unidos forzó un voto en la OEA para romper relaciones con el régimen de Castro por la agresión contra el gobierno de Venezuela.

La decisión de México de no romper con Cuba ha sido citada frecuentemente como un ejemplo de su independencia en política exterior. En realidad, hay evidencia de que el deseo de México de preservar su autonomía sobre la cuestión de Cuba coincidió con la necesidad de Estados Unidos de mantener alguna influencia sobre Castro y de espiar al país.

Cuatro meses después de la reunión de la OEA, en julio de 1964, el presidente Lyndon B. Johnson estaba preparando el recibimiento a Gustavo Díaz Ordaz, en su primera visita a Estados Unidos como presidente electo de México. En una conversación telefónica grabada entre Johnson, que hablaba desde su rancho en la región central de Texas, y el poderoso senador Richard Russell, demócrata de Georgia y

jefe del Comité de las Fuerzas Armadas, Johnson pidió consejo sobre la reacción del senador a la decisión de México de mantener los lazos con Cuba.

“¿Qué piensa que debo decirle a Díaz Ordaz, acerca de que México es el único país que no condenó a Cuba?”, preguntó el presidente.

Russell respondió airadamente: “Yo le diría solamente que usted juzga eso como muy desafortunado, y que es un gran problema para los principios de la buena vecindad; que él, así como sus otros predecesores y todos, sabía que usted quiere que Estados Unidos sea un extraordinario y buen amigo para México, pero que la actitud de la opinión pública en Estados Unidos es tal que usted no puede desafiar a todos poniéndose a favor de él. Bueno, yo no sé si deba usted ser tan rígido. Sí, yo creo que debería. El estado de la opinión pública en este país —que no entiende la actitud de México— se la pone muy difícil a usted. Y que, francamente, usted no ha podido entender tampoco su actitud”.

Minutos más tarde, Johnson tomó una llamada de su secretario de Estado, Dean Rusk. Como hablaban de asuntos mundiales, la conversación giró hacia México.

Rusk: Ordaz va a venir, ¿cuándo, a mediodía?

Johnson: Sí. Cerca de las 12 en punto.

Rusk: Exacto. Bueno, espero que usted tenga un buen encuentro con él. ▶

no cubano. Una queja frecuente fue su incapacidad para obtener información confiable y verdadera. En uno de los informes, a finales de marzo, por ejemplo, el embajador repitió algunos de los rumores que entonces circulaban en La Habana respecto de Raúl Castro, y luego explicaba: “Las complejas maquinarias del gobierno y del Partido Comunista cubanos, al crear una sociedad cerrada, no permiten obtener información normal. Por tanto, me limito a dar a conocer rumores y conjeturas, y nada más”.

Dos meses más tarde, Castro pronunció un discurso donde pedía convertir la isla en un productor mundial de cítricos. En su informe a la Secretaría de Relaciones Exteriores, Pámanes apuntó, irónicamente: “En cuanto toca a la producción de cítricos, deben tomarse sus palabras con grandes reservas, pues muchas veces no corresponden los anuncios y la propaganda a la realidad. Actualmente, por ejemplo, y no obstante la aseveración en contrario de las autoridades y del Partido Comunista, hay una absoluta escasez de legumbres y vegetales... (en general, en mercados del país), y todo está sujeto a racionamiento”.

Y en julio, el embajador mexicano comentó sobre las visiblemente frías relaciones entre los cubanos y el líder soviético, de

visita en Cuba, Alexei Kosiguin, especulando sobre lo que pudo haber creado esa tensión. Entre las posibles causas, Pámanes sugirió que podría estar la desaprobación de Kosiguin a la “represión política” en la isla.

“Quizá el gobierno (soviético) teme que la represión y la violencia constante que (el gobierno cubano) emplea en contra de los enemigos de su régimen y aun de personas inocentes de cualquier posible cargo político, lleguen a provocar una reacción popular violenta y aun la defección de alguna parte del Ejército (entre el cual ya se advierten algunos signos de inquietud porque empieza a sufrir, como lo sufre cada vez más el pueblo cubano, de la pavorosa escasez de toda suerte de artículos alimenticios, ropa, etcétera).”

No hay nada en los informes políticos de Pámanes que refleje el despliegue de tropas que hizo Cuba a lo largo de su costa sur, en 1967, ni de la llegada de los misiles en barcos soviéticos.

Aparte de los informes políticos, la información que envió Pámanes a la Ciudad de México podría haberse encontrado en su correspondencia diaria con la Secretaría de Relaciones Exteriores. Desgraciadamente, los archivos completos de la correspondencia entre la embajada cubana y la Can-

cellería se esfumaron —nunca regresaron al Archivo de Concentraciones, según Aurora Contreras—, y posiblemente hayan sido destruidos debido a lo delicado de su contenido. Por consiguiente, no se puede saber si el embajador transmitió a sus superiores la misma información de inteligencia que proporcionó a la embajada de Estados Unidos en México. (Traducción: Midtala Rosales Rosa) •



Pámanes Escobedo. Filtraciones

Johnson: ¿Qué debo decirle sobre lo de Cuba?

Mientras que el senador Russell respondió con la convencional sabiduría sobre lo que percibió como una traición de México a su especial relación con Estados Unidos, Rusk fue optimista: no recomendó al presidente que se quejara sobre la decisión de México: "Yo no tocaría eso mucho. El antecedente es que durante nuestra reunión de ministros de Relaciones Exteriores en julio último, un buen número de nosotros —Brasil y otros— hablamos acerca de la conveniencia práctica de tener, al menos, una embajada latinoamericana ahí, si fuera posible. (...) Y, por tanto, el hemisfe-

rio está bastante relajado por el hecho de que los mexicanos permanezcan ahí por un tiempo. Yo le enfatizaría a él la importancia de que dé algunos pasos necesarios para no permitir que los cubanos utilicen a México como un canal para el dinero o los agentes o para los viajes de los estudiantes que van a Cuba a entrenarse y cosas como esas. Entonces, dígame que esperamos que él revisará toda la situación cubana y sus propias relaciones con el hemisferio y con América Latina. Pero yo no lo presionaré excesivamente para romper relaciones".

Johnson respondió: "Está bien, eso está bien".

La posición de Rusk fue confirmada en

un cable secreto enviado a Washington, tres años después, por el segundo de la embajada estadounidense en México, Henry Dearborn. En mayo de 1967, una pequeña fuerza guerrillera liderada por oficiales del Ejército cubano fue capturada en el estado venezolano de Miranda. Venezuela respondió al ultraje llamando a la condena del hemisferio contra las acciones de Cuba. Reaccionando a una solicitud del gobierno de Venezuela para estimular a México para que rompiera relaciones con Cuba, Dearborn envió un cable al Departamento de Estado:

Fui informado, desde mi reciente arribo al puesto, que GM (gobierno mexicano) tie-



Las lecciones de la invasión a Panamá

Homero Campa

A las 2:00 de la madrugada del 20 de diciembre de 1989, el entonces representante de México ante Naciones Unidas, Jorge Montaña, recibió una llamada telefónica: Era Javier Pérez de Cuellar, secretario general de la ONU. Le avisaba que en esos momentos tropas de Estados Unidos estaban invadiendo Panamá.

De inmediato, Montaña marcó el número de la residencia oficial de Los Pinos. Transmitió la noticia al entonces presidente Carlos Salinas. Colgó el teléfono. Unos minutos más tarde, el propio Salinas se comunicó con Montaña.

—Me acaba de hablar el presidente Bush (padre). Quiere que México convoque a una reunión del Grupo de Río para promover

una iniciativa que respalde la invasión. Le dije que mañana le doy una respuesta.

A la conferencia telefónica se agregó el entonces canciller Fernando Solana. Después de varios minutos, Salinas tomó una decisión: "México no puede bajo ninguna circunstancia apoyar la invasión".

La mañana siguiente, la información sobre la invasión a Panamá estaba en todos lados: 24 mil soldados y decenas de aviones, helicópteros y tanques blindados habían atacado zonas militares panameñas y barrios populares que apoyaban al entonces hombre fuerte de Panamá, Manuel Antonio Noriega. El resultado era de 19 soldados estadounidenses muertos y 117 heridos, 59 soldados panameños muertos y 66 heridos. Las víctimas civiles fluctuaban entre mil 500 y 2 mil.

La OEA había fracasado en sus labores de mediación entre Estados Unidos y Panamá, luego de que el tribunal electoral panameño anuló las elecciones que en mayo habrían dado el triunfo al candidato "civilista" a la presidencia, Guillermo Endara. Washington presionó para que la solución fuera la salida del poder de Noriega, a quien ya había acusado de narcotraficante, a pesar de que había sido antaño un destacado colaborador de la CIA y de la DEA. Al mismo tiempo, Estados Unidos decretó un embargo comercial e inició una escalada militar que culminó con la invasión en la madrugada del 20 de diciembre de ese año.

Ese mismo día, Salinas convocó de "urgencia" a su gabinete. Luego, el gobierno mexicano emitió un comunicado en el que expresó "su más firme condena al uso de la fuerza armada como medida para solucionar cualquier conflicto internacional, y más aún para tratar de resolver los problemas internos de un país desde otro".

Montaña recibió luego instrucciones "claras" de Salinas y de Solana: subir a la tribuna de Naciones Unidas para condenar la invasión estadounidense a Panamá.

No sólo eso; México encabezó una iniciativa de un grupo de países latinoamericanos para que el tema se discutiera en el Consejo de Seguridad. Estados Unidos se opuso y el Consejo dictaminó que no era un asunto que atentara contra la paz y la seguridad internacional. "En los hechos, fue una acción punitiva sancionada por el Consejo", comenta en entrevista Montaña.

Pero, cuenta, México insistió: logró que, como un tema especial, se incluyera en una reunión extraordinaria del pleno de la ONU. Durante varios días —del 23 al 29 de diciembre— se discutió el tema en la asamblea general. México y otros países presentaron una resolución de condena a la invasión estadounidense a Panamá. Fue aprobada con el voto a favor de más de 90 países.

"El gobierno de Estados Unidos no estaba, por supuesto, contento con nosotros", comenta Montaña. Luego, "por las marchas de protesta en México contra la invasión —hubo

ne entendimientos informales a altos niveles con gobierno de Estados Unidos para mantener relaciones con Cuba y para que un país de la OEA mantenga un pie en esa puerta, lo cual pudiera resultar de gran ayuda. No tenemos documentación sobre esto aquí, pero si es verdad, no deberíamos darle la impresión a GV (gobierno de Venezuela) que deseamos presionar a GM (gobierno de México) ni siquiera secretamente.

En otras palabras, Estados Unidos se negaría a presionar a México, ni abiertamente ni en forma encubierta, para que cortara sus lazos con Cuba, dada la oportunidad de manipulación que ofrecía a Estados Unidos la presencia diplomática de México ahí.

Espiando para Estados Unidos

En los documentos desclasificados se hace evidente que Estados Unidos recopilaba regularmente información de inteligencia sobre el desarrollo económico, político y social en Cuba usando como fuente directa al embajador de México en La Habana.

El embajador Fernando Pámanes Escobedo fue una de esas fuentes. El 2 de junio de 1967, un funcionario de la embajada de Estados Unidos en México, Francis S. Sherry III, se sentó a conversar con Pámanes cuando éste se encontraba en México, llamado para consultas

por la Secretaría de Relaciones Exteriores. De acuerdo con el documento secreto de la embajada estadounidense sobre dicha conversación —el cual fue revisado y aprobado por el jefe de la CIA en la Ciudad de México, Winston Scott—, Pámanes informó a Sherry sobre un amplio rango de temas muy sensibles. Incluían los efectos de la penuria económica de Cuba sobre sus ciudadanos y el resultante descontento popular, los asuntos militares, las deterioradas relaciones entre Cuba y la Unión Soviética, e información sobre los cubanos que buscaban asilo en la embajada mexicana.

He aquí un informe de Sherry sobre la ▶

una en la que participaron unas 400 mil personas—, pedimos cortésmente a Washington que cancelara el viaje a México del vicepresidente de Estados Unidos, Dan Quayle, programado para enero. Dijimos simplemente que no había condiciones de seguridad para esa visita”.

Las relaciones bilaterales se tensaron. Y, sin embargo, señala Montaña, unas semanas después, José Córdoba Montoya, jefe de la Oficina de la Presidencia, y Jaime Serra Puche, secretario de Comercio, llegaron a Washington para iniciar las pláticas preliminares del Tratado de Libre Comercio. “En ese encuentro, como en los subsiguientes, no hubo reclamos por nuestra actuación en la condena a la invasión a Panamá. Ni siquiera se tocó el tema”.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué podemos sacar lecciones de esa experiencia para aplicarlas al voto de México en el Consejo de Seguridad sobre Irak?

Montaña —embajador de México en Washington, miembro del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales (Comexi)— contesta convencido: “Lo que aprendo es que, en la medida en que la diplomacia mexicana se aleje de la retórica y se apegue a los principios de su política exterior, a lo que señala la Carta de Naciones Unidas y a lo que se acuerda en el Consejo de Seguridad, no debemos abrigar temores de represalias.

“Habrá incomodidad —reconoce—, pero ser socios no quiere decir ser incondicionales (...) y Estados Unidos ha sabido absorber la actitud que históricamente México ha asumido a lo largo de diversos desencuentros: el caso de Cuba en los años sesenta, el ingreso de China a Naciones Unidas en 1971, la invasión a Granada en 1982, el conflicto en Centroamérica en los años ochenta.”

Considera que el eventual desencuentro con Estados Unidos por un voto en contra en el Consejo de Seguridad, “no implicaría —como muchos piensan de manera simplista y maniquea— algún rompimiento en la relación bilateral”.

Convencido, agrega: “Creo que Estados Unidos tiene claro que con México no funciona el garrote, sino la persuasión”.

Reconoce que “no nos va a aplaudir. Puede haber, en todo caso, algún enfriamiento de las relaciones bilaterales, pero mi experiencia indica que los estadounidenses llegan a entender nuestra posición y nuestros argumentos”.

Además, sostiene, “la relación entre los dos países tiene un marco legal de referencia: el TLC. Éste no va a variar por posiciones divergentes sobre Irak o Corea del Norte, siempre que éstas se apeguen a derecho internacional”.

No estamos en un bazar

Pero si el garrote no funciona, “tampoco la zanahoria”. Y se refiere a la “confusión” generada en México por la negociación de Turquía y por la cuál muchos se preguntan si México puede sacar provecho de su voto.

“En Turquía se abrió el bazar y los turcos parecían, literalmente, comerciantes de alfombras, discutiendo montos económicos para prestar o arrendar su territorio a fin de que la invasión estadounidense pueda darse desde el norte de Irak.

“Esa negociación obscura —te doy a cambio de— no se ha dado en las relaciones entre Estados Unidos y México. Primero, porque no somos un país que acostumbre ese tipo de intercambios y, segundo, porque tampoco ellos

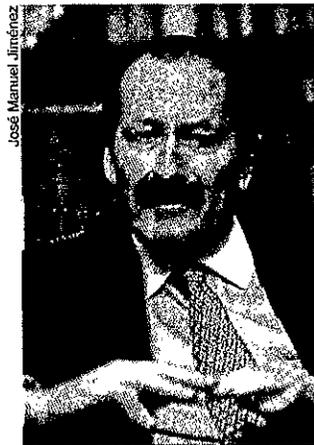
lo ofrecen. No estamos en el bazar y las relaciones bilaterales no funcionan así. No estamos jugando a los espejitos.”

Comenta que la relación con Estados Unidos “está cimentada sobre ciertos entendimientos. Y los términos de una negociación se basan en argumentos”. En el caso del voto en el Consejo de Seguridad, Washington puede apelar a la vecindad, a la sociedad comercial, a la seguridad compartida, “pero espero que las autoridades mexicanas tengan la entereza para decirle: ‘No, no puedo acceder, *per se*, tu proyecto de resolución. Te propongo, en cambio, que busquemos una fórmula que acerque las posiciones encontradas”.

Comenta que “hasta hoy México no ha pedido nada más ni nada menos que lo convenido unánimemente en el Consejo de Seguridad”. Señala que México puede jugar un papel importante para lograr acercar a las partes —Estados Unidos, Gran Bretaña y España, por un lado; Francia, Alemania y Rusia, por el otro— en una segunda resolución de consenso. “Si el memorándum franco-alemán pide 120 días, es para negociar. Y con Estados Unidos se puede trabajar con el párrafo operativo de su proyecto que señala que se le acabó el tiempo a Hussein”. Considera que aún hay tiempo y margen de maniobra: se tiene hasta el 7 de marzo, fecha en que el jefe de inspectores, Hans Blix, presentará su informe.

—Pero hay señales encontradas del gobierno de Fox. ¿Percebe algún cambio en la posición de México?

Montaña pide atenerse a los discursos del canciller Derbez ante el Consejo de Seguridad los días 5 y 14 de febrero: “Es lo oficial. Lo dicho por la prensa puede ser especulativo”. Ateniéndose a ello, señala, México está analizando los méritos tanto de la resolución presentada por Estados Unidos como del memorándum francés. “Si hay congruencia con esos discursos, México está participando en una negociación manejando sobre todo los elementos del memorándum que más se acercan a la posición mexicana”. ●



Montaña. Antecedentes

descripción de Pámanes Escobedo de un reciente despliegue del Ejército cubano:

Pámanes estima que más de 30 mil soldados fueron asignados para las tareas de defensa a lo largo de la costa sur, poniendo a los guardias y milicianos en estado de alerta. Este tipo de movilización parcial le permitió a Castro aumentar el control sobre el pueblo, a pesar de que los cubanos parecían genuinamente preocupados por la posible represalia de Venezuela, con el apoyo de Estados Unidos. Sin mencionar su nombre, Pámanes dijo que un funcionario cubano le había dicho, hablando en privado, que los cubanos estaban previniendo que los venezolanos pudieran bombardear instalaciones o intentar invadir, con comandos limitados, por la costa cubana.

El embajador Pámanes también informó que había visto un sospechoso barco de carga soviético:

Durante uno de sus viajes al puerto de Mariel, en abril de 1967 —escribió la embajada de Estados Unidos—, Pámanes observó, a cierta distancia, que descargaban un barco soviético de nombre no identificado, que llevaba cajas grandes y pequeñas, las cuales probablemente contenían pequeños misiles de mediano alcance. Cuatro o seis misiles fueron cargados en un camión de alrededor de 30 toneladas de capacidad cada uno. Pámanes descubrió que ocho de esos camiones hicieron un largo recorrido fuertemente escoltados. Este es el único desembarco de misiles observado por el embajador Pámanes desde que llegó a Cuba.

El documento enviado el 10 de junio al Departamento de Estado por el segundo en importancia de la misión estadounidense, Henry Dearborn, en un aerograma, llegó con una nota del propio Dearborn en la cual se leía: *A la reunión del Sr. Sherry con el embajador Pámanes y el documento anexo debe dársele la máxima protección de seguridad.*

Una prueba de la importancia del documento es que se envió una copia a la Casa Blanca varios días después, con una cubierta firmada por Walt Rostow, el consejero de Seguridad Nacional de Johnson, donde se leía: "Esta información de primera mano sobre la situación en Cuba (*palabras tachadas*) tiene aspectos interesantes. W.W.Rostow".

Sólo tres meses después, la embajada de Estados Unidos tuvo su primera conversación con el nuevo embajador mexicano en Cuba, Miguel Covián Pérez, para discutir, entre otros asuntos, un conflicto con La Habana sobre la repatriación de ciudadanos estadounidenses. A pesar de

que Covián advirtió en la reunión que "es importante aclarar desde un principio que él es embajador del gobierno de México y no un representante no oficial de Estados Unidos", estuvo de acuerdo en comunicar lo que pasaba en Cuba a la embajada estadounidense, no sólo mediante informes al secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, sino también a través de "contactos informales y no oficiales" con el entonces diputado federal Alfonso Martínez Domínguez.

Independencia a medias

En público, México repetidamente enfatizó la defensa de su soberanía para manejar la política exterior fuera de la influencia de su gigante vecino del norte. Pero en



Carrillo Flores. Informes

reuniones privadas con sus contrapartes, los presidentes mexicanos se esforzaron por asegurar a Estados Unidos su apoyo para que consiguiera sus objetivos en Cuba y en otras partes del mundo.

En un documento enviado al presidente Johnson, justo antes de su encuentro con Adolfo López Mateos, el 18 de febrero de 1964, el secretario Rusk apuntaba: "A veces su política exterior es muy independiente, por ejemplo, en el caso de Cuba, y en sus relaciones comerciales y culturales con China. Pero cuando los asuntos fundamentales están en juego, nosotros siempre hemos comprobado que se muestra comprensivo y deseoso de ser útil...", al controlar los viajes de los "agentes de Castro"

desde y hacia México, por ejemplo (subrayado del original).

Más tarde, ese mismo año, el sucesor de López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, refrendó esa confianza. "Estados Unidos puede estar absolutamente seguro de que cuando la suerte esté echada, México estará inequívocamente a su lado", le dijo Díaz a Johnson cuando discutieron la posición de México hacia Cuba.

El presidente mexicano agregó que un México siempre complaciente, que nunca disienta con la política de Estados Unidos, a pesar de la opinión de sus ciudadanos, sería inútil a los estadounidenses.

"Sería muy ventajoso que, cuando los asuntos en juego no sean tan importantes, México continúe demostrando su independencia política y su divergencia en los asuntos relativamente menores."

El consejero de Seguridad Nacional, que firmó el documento de esta conversación, advirtió a la Casa Blanca que su distribución debía ser limitada: "Si esto se hiciera público, podría realmente hacerle daño a Díaz Ordaz".

Los nuevos documentos muestran que las relaciones mexicano-cubanas no implican necesariamente que la política de México hacia Cuba sea y haya sido siempre una mentira, sino más bien que los líderes mexicanos se manejaron hábilmente y negociaron su independencia frente a la intensa presión de Washington.

Pero los archivos desclasificados sí ofrecen un cuadro claro del doble juego que México jugó durante décadas en sus relaciones con Cuba. Por una parte, promovió una imagen de sí mismo como un líder valiente e independiente, incluso dispuesto a ponerse de parte de la sitiada isla, a pesar de lo impopular que se hizo México ante los ojos de su poderoso aliado. Y por otra, el gobierno mexicano filtraba información de inteligencia y se ganaba la confianza de los funcionarios estadounidenses, cuando se trataba de asuntos que creía importantes, en un esfuerzo por congraciarse y ganarse el favor de Estados Unidos en las delicadas negociaciones bilaterales.

Vista bajo esta luz, la reciente decisión de México de unirse a la condena a Cuba por sus antecedentes en derechos humanos, sí representa algo nuevo. Fue la primera vez que México ignoró su propia propaganda para darle forma a una política de una sola cara, diseñada no por la duplicidad pública, sino por la diplomacia que mantenía secretamente en el pasado. (Investigación: Isaac Campos Costero y Gustavo López de la O. Traducción: Midiala Rosales Rosa)